

LA CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALLE ALTA DE SAN PEDRO, 2

De los artículos firmados son responsables sus autores

No se devuelven los originales

SUSCRIPCIÓN

España 3 pesetas trimestre
Extranjero 3 francos
Número suelto 25 céntimos

PAGO ANTICIPADO

Año I

Barcelona 21 de diciembre de 1907

Núm. 12

SUMARIO

A Rudyard Kipling, por ORS.

Recessional, por RUDYARD KIPLING.

De Iberismo, por J. DE L. RIBERA Y ROVIRA.

Los Jardines del Renacimiento catalán:

Elogio de Raimundo Casellas, por José M.^a López Picó. — Los migueletes en el convento, por Rafael Marquina.

Una Visita a Tarragona, por JOSÉ MARTÍ Y SÁBAT

Documentos de opinión:

La Reforma del Reglamento de Sindicatos agrícolas. — La Federación agrícola Catalana-Balear al Presidente del Consejo de Ministros.

Notas internacionales:

ALEMANIA. — Alemania empieza. (Anécdotas de energía. — III. Alemania «Weltmacht», por M. Vidal y Guardiola.

BÉLGICA. — La primera enseñanza, por Karl.

La Semana:

POLÍTICA. — La Salvoación de España, por Manuel Pujés.

GLOSARIO. — Leon Jaussely, novocentista, por Xenius.

MÚSICA. — Música de cámara, por E. Vallés.

LA SEMANA SOCIAL EN VALENCIA. — Causas de las huelgas, por P.

TEATROS. — Por, por M.

INFORMACIÓN. — La futura Barcelona. — Pensiones en el extranjero.

LOS LIBROS. — Ayguà avall, por R.

GAOETILLA.

PUBLICACIONES RECIBIDAS.

CORRESPONDENCIA.

La prensa catalana:

La América latina:

Exportación a Costa Rica, por César Nieto.

Opiniones ajenas:

La pobreza de España, por Azorín. — Cataluña y sus críticos, por Ramiro de Maeztu.

LUIS DURÁN Y VENTOSA

OBRA DE ACTUALIDAD

Regionalisme y Federalisme

DE VENTA

EN LA CASA DE FRANCISCO PUIG

PLAZA NUEVA, 5

Y EN LAS DEMÁS LIBRERÍAS

A Rudyard Kipling

Rudyard Kipling: bueno es que te den el premio Nobel, por tu amor a la Guerra, cuando ya tiene otro premio Nobel Roosevelt, por su amor a la Paz — Que Paz y Guerra júnctanse, — como dos signos en monograma, — en el espíritu complicado del Novecientos.

Rudyard Kipling: la Guerra que tu dices es un útil magnífico de Justicia. Porque tu Imperio es Justicia también. Porque tú en el exiges la presencia activa del Señor. — Así, en la hora del «jubileo imperial» de Inglaterra, en el momento culminante del orgullo británico tal vez, tú — en verso — desde el Times — dirigiste al Todopoderoso una

súplica para que no se ausentara de entre vosotros.

Rudyard Kipling: nosotros empezamos a balbucear palabras imperiales hoy...

Rudyard Kipling: llegue hoy hasta aquí un eco de tu cantar grave, para recordarnos cómo es fuerza que la Imposición sea Derecho. Y que no tiene legitimamente «dominio sobre pinos y palmeras», sino aquel á quien empuña y sujeta la «terrible Mano» de lo alto. Y que toda vindicación ó expansión de Patria debe apoyarse en una vindicación ó expansión de la Justicia. Y que cualquier Imperio es cosa vana, si no está preñado de Dios.

ORS

Recessional

Dios de nuestros padres, Dios de los antiguos días,
Señor de nuestras vanguardias desplegadas anchamente,
Bajo la Mano terrible de quien tenemos
Dominio sobre las palmeras y los pinos,
Señor, Dios de los ejércitos, quédate en nosotros todavía,
Por miedo á que olvidemos. — por miedo á que olvidemos.

Los clamores y los tumultos espiran,
Los reyes y los capitanes se van;
Pero subsiste siempre Tu Holocausto antiguo,
Un corazón humilde y contrito.
Señor, Dios de los ejércitos, quédate en nosotros todavía,
Por miedo á que olvidemos. — por miedo á que olvidemos.

Nuestras flotas, llamadas desde lejos, se redispersan
Sobre las dunas y sobre los promontorios cesan su fuego;
Ved... Toda nuestra pompa de ayer,
Hace una sola cosa con Babilonia y Tyro....
Juez de las Naciones, perdónanos aún
Por miedo á que olvidemos. — por miedo á que olvidemos.

Si, ebrios de la visión de nuestro poder, soltamos la brida
A nuestras lenguas locas que no te tienen en terror,
En estas fanfarronadas usuales á los gentiles,
Como las razas menores que han perdido Tu Fe,
Señor, Dios de los ejércitos, sé con nosotros todavía.
Por miedo á que olvidemos. — por miedo á que olvidemos.

Sobre el corazón del infiel que coloca su fe.
En los fusiles humeantes y en las hojas de acero:—
Sobre todo temerario polvo que construye sobre el polvo
Y no invoca para defenderse Tu Defensa:—
Sobre los gritos fanfarrones y las frenéticas multitudes
¡Extiende Tu Piedad sobre tu Pueblo, Señor!

Amén

RUDYARD KIPLING

De Iberismo

La obra gigantesca de reivindicación nacional que viene realizando Cataluña, lleva en sí el fundamento de una futura y definitiva remodelación ibérica.

Nunca como en el presente ha sido más injusto el dictorio de egoísta, de exclusivista, que las gentes insensatas ó inconscientes aplican á Cataluña. ¡Egoísta ella, que transfundió su alto espíritu patriótico á todos los pueblos hispánicos! ¡Egoísta ella, que esparce, pródiga, fraternidad entre las gentes ibéricas!

Decídmelo de otro pueblo hispano que con mayor fe y desinterés haya sembrado en este bendito suelo peninsular la semilla fecunda del sano patriotismo. Cataluña hace obra de paz, sigue la España predicando amor, intenta resucitar el alma-decaída y el cuerpo depauperado de una raza; no canta hazañas ni se ilusiona con homéricas gestas; no mercantiliza—cual nuestros tradicionales mercaderes del honor y del prestigio y de la riqueza españoles—con la propensión de nuestras gentes por lo épico, por las grandezas. Cataluña comprende que la mayor grandeza de los pueblos consiste en saber aprovechar sabiamente las energías y las aptitudes peculiares de la raza, viviendo una vida propia y natural, no una existencia artificial provocada con inoculaciones de historia indigesta y de ficciones falsamente patrióticas. Cataluña vive, existe, da fe de sí: desmiente al implacable Salisburys cuando profetizaba el *Finis Hispanie*.

Y la obra de Cataluña no ha sido meramente española; ella se presenta con los caracteres de precursora en la definitiva constitución de la Iberia.

En tanto España seguía en el incomprendible aislamiento y condenable desafecto con respecto á Portugal, Cataluña iba generosa á abrazar al glorioso pueblo hermano, y como ambos en la mutua historia se encontraron impulsados por idéntico deseo nacional y por igual ansia de libertad, también en el abrazo de hoy, al reconocerse, se vieron llamados á una gran empresa de fraternidad y de patriotismo.

Afectuosas relaciones entre españoles y lusitanos, nunca las ha habido! Causas múltiples han influido en este alejamiento, unas políticas como la obra artera de la diplomacia inglesa siempre atenta á distanciar las dos dinastías peninsulares en aras al tan conocido aforismo «divide y vencerás»; otras debidas á nuestro defectuoso temperamento amigo de fanfarronadas, que laboró siempre en mantener la distancia entre las dos almas ibéricas, injustamente recluida, recóndita, alejada la lusitana, neciamente provocadora la española, empuñando el gladio en vez del ramo de olivo, esparciendo antagonismos donde podía sembrar amorosamente la fraternidad. Y las dos almas gemelas, distanciadas, siguen sendas diversas y encontradas en el camino amplio de la vida de los pueblos. Y nuestra es la culpa, nuestra más que suya.

Pero no, Cataluña no puede ser culpada. Ha ido al hermano y le ha reprochado dulcemente el alejamiento incomprendible, le ha suavizado los rencores

y colocándole de cara á Oriente le ha convencido de que entre los pueblos hispanos había uno que cuidaba solícito la flor augusta de la amistad y las poéticas brisas atlánticas, que cantan eternamente himnos á la libertad del pueblo luso, han atravesado España y se han esparcido por Cataluña llevando un grito fraternal, un vitor, una salutación al pueblo hermano. Y ved cómo Cataluña ha glosado bellamente esa salutación, elevando un cántico de reconocimiento á la patria de Diogo Bernardes, cántico que repercute intenso por las costas mediterráneas modulado con la misma flexión del habla de Camões.

Es tradicional ese alejamiento entre españoles y lusitanos. Los contados espiritus que se han interesado por mantener afectuosas las débiles corrientes de simpatía entre ellos, han convenido en que menos se conocen unos y otros que los más alejados países de la tierra. Pi y Margall, Castelar, Pérez Galdós y algunos otros, han patentado esa frialdad de relaciones, pero todos sus esfuerzos se han estrellado contra la apatía del pueblo y sobre todo ante la incalificable conducta de la prensa española, que no ha perdonado ocasión para zaherir el sentimiento de dignidad nacional de los lusitanos. Modernamente Unamuno, Giner de los Ríos, Altamira, González Blanco, Nombela, mantienen, con interés laudable, en íntimo contacto algunas manifestaciones de las mutuas literaturas y cultivan la amistad con algunos intelectuales portugueses. Obra sólida de propaganda y de afecto, revestida de seriedad y trascendencia para el presente y para el porvenir de los pueblos ibéricos—únicamente la viene realizando Cataluña. Y aún esta obra, de la cual soy feliz heraldo, es objeto de las más indignas acometidas por parte de aquéllos que por tradición han sido obstáculo para la sincera amistad de lusitanos y españoles. Recordaré solamente la estúpida acometida que originaron mis actos de propaganda en Portugal, cuando llevé á aquella nación hermana el cariñoso saludo de Cataluña.

Esa obra de amor que no brota espontánea del pueblo español, no es siquiera velada por una discreta apariencia por nuestros gobernantes. España debería tener en Portugal la más brillante representación diplomática, colocando al frente de nuestra embajada una figura de prestigio y en nuestros consulados personas honorabilísimas, pues si de una parte lo requiere así la importancia de las relaciones entre los dos Estados, por otra se hace honor á la tan decantada fraternidad entre las dos naciones peninsulares. Así lo comprendieron aquellos Gobiernos que enviaron á Portugal hombres como Alcalá Galiano y Valera—recordados simpáticamente por los lusitanos—y así lo han hecho y lo hacen los portugueses destinando á España representantes como el Conde de Macedo.

En nuestras relaciones económicas pasa lo mismo. Una apatía absoluta deja abandonados nuestros intereses comerciales con la nación vecina. Los dos mer-

cados peninsulares, que con tanta razón podrían completarse, se hallan á merced de gentes más avisadas que, cual ingleses, alemanes, franceses y americanos, realizan en uno y otro grandes lucros. En el tratado de comercio vigente—que brevemente será rectificado—se imposibilita casi en absoluto la mutua exportación. Varias veces el Gobierno portugués ha solicitado del español ventajas para la intromisión en España de sus productos coloniales á cambio de concesiones á la exportación española de géneros manufacturados, y, á pesar de tan justa petición,—mayormente después de perdidas las colonias—nada se ha conseguido ni enmendado, siempre debido al desafecto con que son miradas las relaciones de toda índole entre las naciones ibéricas.

Contrasta con esa la conducta observada por Cataluña con respecto á Portugal. La política portuguesa no nos es indiferente. La difusión de los ideales autonomistas catalanes por todos los organismos nacionales ibéricos, obedece á una sabia orientación de un resultado admirable en lo futuro. En la remodelación definitiva peninsular—de la cual Cataluña es la precursora y será mañana la iniciadora—Portugal ocupará un lugar preeminente, y de los pueblos ibéricos, el portugués será el colaborador, por su acción directa ó por su reconocimiento tácito, de la obra regeneradora emprendida por Cataluña.

Y como así lo creen los catalanes, por esa causa se mantienen vivas en Cataluña las relaciones fraternales que ligan felizmente los dos pueblos extremos de la Iberia. Es ya grande y provechosa la obra realizada. Una benemérita entidad barcelonesa de extensión universitaria, los *Estudios Universitarios Catalanes*, tiene establecidas dos cátedras de estudios portugueses, donde se enseñan la lengua, la historia y la literatura lusitanas. En el Ateneo Barcelonés se realizaron años ha numerosas conferencias sobre el movimiento cultural de la sociedad lusitana. Los periódicos autonomistas catalanes dedican á los asuntos portugueses preferente atención. Se han publicado traducciones de poetas y prosistas lusos, libros en catalán y portugués tratando cuestiones de reciprocidad de afectos entre Portugal y Cataluña, y un justo conocimiento de aquel pueblo atlántico ha llevado á los catalanes la convicción de que la amistad de los lusitanos nos es necesaria hasta para la consecución de nuestros ideales políticos, base del más excelso Iberismo.

Por otro lado Portugal se ha interesado con vehemencia por todo cuanto afecta á Cataluña. La definición de personalidad nacional catalana, motivo de violentas acometidas por parte de los políticos españoles, ha sido reconocida como un hecho natural y lógico por los portugueses, los cuales comprenden la distribución de la *ethnos* ibérica á base del criterio catalán, ó sea, del reconocimiento de las tres nacionalidades, de las tres patrias, de los tres pueblos: el catalán, el castellano y el portugués; y, partiendo de la existencia de estas tres nacionalidades, mentalidades poderosas como la del Dr. Theophilo Braga, llegan á la conclusión de que, reconocidas éstas, se hace posible una remodelación peninsular y la existencia real de la tan soñada Iberia.

Por un contrasentido increíble, Cataluña existe en Portugal más que en España. Para la mayoría de los españoles, Cataluña es una provincia, una región; para los portugueses, Cataluña forma la nacionalidad mediterránea de la España. Y ha hecho más Portugal.

En la Real Sociedad de Geografía de Lisboa y en el Real Instituto se ha ensalzado, vitoreado ardientemente, el nombre de Cataluña, siendo acogidas con entusiasmo las manifestaciones de su actividad y de su cultura. Cuando aquellos lamentables atentados del 25 de noviembre de 1905, por rara unanimidad, toda la prensa portuguesa hizo entera justicia a Cataluña, dedicando siempre estudios muy serios al problema catalán. En Lisboa existe el *Comité Catalanofilo*, formado por los más ilustres representantes de la intelectualidad portuguesa y continuamente aquellos buenos amigos de Lusitania tienen para Cataluña afectuosos recuerdos visitando Barcelona anualmente numerosos turistas lusos.

Es tan consciente el criterio lusitano

referente al movimiento del pueblo catalán reivindicando su personalidad nacional, que recuerdo nitidamente el soberbio símil que con palabra profética hizo Guerra Junqueiro—el genial poeta de *Os Simples*—profundizando en lo que se ha dado en llamar cuestión catalana: —Cataluña tiene razón. Su biología nacional es propia, impulsada por la limpia savia que da vida a los pueblos libres. Castilla, los pueblos todos que integran la patria castellana, también tiene su propia biología nacional. Y si fuera posible juntar una y otra las dos patrias, la catalana y la castellana, y administrarlas durante mil años idénticas instrucción y educación, pasada esa larga edad, las dos biologías habrían desarrollado, desharmonicamente, sus procesos propios, coexistirían los dos patriotismos, se notaría la actual diferenciación, pues no impunemente existe la conciencia de las razas. Subsistirían nacionalmente desintegradas Cataluña y Castilla. Cataluña quiere definir su vida nacional. Cataluña tiene razón.

I. DE L. RIBERA Y ROVIRA

Los Jardines del Renacimiento catalán

Elogio de Raimundo Casellas

¿Elogio? ¿Elogio? ¿Elogio? Sí. Porque un mediodía cálido (opulencia de luz y magnífico ofrecimiento de todas las cosas) entró Raimundo Casellas en los jardines del Renacimiento catalán y amó el sonreír del sol en ellos y el estremecerse de la tierra, y el agitarse del aire encendido y cargado de perfumes, quiero decir su elogio.

Porque Raimundo Casellas tiene en su alma luz de sol y opulencia de flor; porque en su corazón bullen todos los entusiasmos y todas las ansias de la juventud, porque hay en sus palabras la fuerza de una evocación o de un conjuro, quiero que sea mi elogio breve como jaculatoria.

Porque la obra de Casellas es de iniciación y renovamiento, quiero que esta breve jaculatoria de elogio sea como aquellas rosas esculturales (carné viva) que un día cogiera él en nuestros jardines para hundir en ellas sus manos ávidas de suavidades.

Raimundo Casellas es desconcertante.

Hay en él algo indefinido que atrae, infundiendo recelo al mismo tiempo. Tal vez la penetración de aquella su mirada fija é interrogadora, tal vez el tenue sonreír de sus labios, ligeramente contraídos por un leve gesto de ironía, quizá su hablar pausado, lleno de sutilezas y agudezas.

No sé. Cuando hablé con él por vez primera, creí adivinar en sus maneras cierto finísimo desdén por todo lo que le rodea y me molestó extraordinariamente el persistente sonreír irónico que juguetaba en sus labios como para convencirme de mi inoportunidad é insignificancia.

Y sin embargo, no es eso el sonreír de Casellas, es más bien una íntima complacencia, un asomarse al exterior de su

alma en fiesta perenne. Raimundo Casellas siente toda la alegría de su juventud, espiritual y ama la renovación constante de esta alegría. Largos años de trabajo y de estudio no han disminuido su ingenio, ni han secado las fuentes de su inspiración.

El habla siempre de su obra realizada como de una cosa insignificante al lado de la prometedora esperanza de su labor futura; lo que ha hecho hasta el presente es sólo una anunciación. Lo interesante para él es lo que ha de venir, lo que tiene entre manos, lo que elabora y construye, ese cúmulo de cosas que se agitan y vibran en su interior en un anhelo infinito de traducirse en verbo definitivo.

La actividad individual (que no consiste en mucho publicar y prodigarse) es una de las principales características de la personalidad literaria y artística de Raimundo Casellas; ella le llevó a vivir la hora presente y a sentirla con toda la fuerza de oportunidad; ella ha dado a su obra la virtud de iniciación y renovamiento que la distingue.

Iniciación gloriosa en la prosa catalana; revelación acertadísima de un momento de plenitud en que por un acto de firme voluntad son recogidos todos los elementos de belleza y quedan agrupados en un admirable conjunto. Representa un estado de madurez la prosa artística y solo un hombre suficientemente preparado y dispuesto a ejercer una espiritual dictadura (fuerza de iniciación) puede decirnos todo el encanto de la palabra hecha arte y hacer que su obra sea de renovamiento.

Este hombre entre nosotros fué Raimundo Casellas; su obra como prosista es de renovación porque anula completamente insuficientes tentativas que la precedieron y tiene la solidez necesaria para aguantarse firme y definitiva como un triunfo.

¿El secreto de esta firmeza? Está únicamente en el proceso seguido por Casellas en la construcción de sus libros.

Lo ha dicho él mismo repetidas veces: *anotar el gesto y mostrar el símbolo*.

Veamos como tiene lugar en sus dos libros *Els Sots Feréstechs* y *Les Multituts*. Por el continuo *anotar el gesto* de las cosas, éstas toman relieve adquiriendo las proporciones necesarias para que encuadren en el conjunto. Dichas proporciones se agigantan á veces hasta lo poético y es entonces penetrante y fuerte y hermoso el gesto de las cosas, y nace la variedad y el contraste, y el libro toma distintos matices y *gesto de las cosas* es el *alma misma de las cosas*.

Y el autor en esta alma nos muestra el símbolo. El símbolo es en *Els Sots Feréstechs* un marcado antiruralismo (en oposición al ruralismo dominante en las novelas escritas en català del *qu'ara's parla*) y en *Les Multituts* un amplio espíritu colectivo, magníficamente desplegado y abierto á todas las generosidades, á todas las aberraciones y grandes movimientos pasionales del espíritu colectivo.

No cabe hablar de *Els Sots Feréstechs* y *Les Multituts* como de un libro cualquiera ni sujetarles al análisis de una crítica de escuela. Son algo más que un libro, por noble que sea el sentido en que tomamos esta palabra: son una afirmación concreta que ha de quedar incommovible en nuestra literatura. ¿Como no, si representa la suprema expresión de una obra de artista?

Gesto y símbolo hermanados y por obra y gracia de este hermanamiento algo muy hondo, humano y palpitante, vestido de opulencias de visión y exquisiteces de una prosa vibrante y pastosa.

Gesto y símbolo casi confundidos y por virtud de esta confusión, que no es una mezcla, algo sublime que se vislumbra en *Els Sots Feréstechs* como un triunfo de la tierra invencible y enemiga al mismo tiempo que sorbe á los hombres y les *adhiera á ella*, convirtiéndolas en un pedazo de tierra. Y contrastando con este anulamiento de *El Sots*, el triunfo del alma grande y desbordada, un alma compuesta de muchas almas que se funden en un común renunciamiento del espíritu colectivo por encima de todo, de la tierra misma en *Les Multituts*.

Sólo por este procedimiento se explican las magníficas páginas de *Els Sots Feréstechs* y aquellas inimitables narraciones *Les veremes de la por*, *Els miquellets al convent* y *Devemos aigua*, *Magestat*, joyas de nuestra prosa literaria.

He dicho hasta aquí algo de Raimundo Casellas, novelista.

Restame dedicarle un recuerdo como crítico.

Recientes son sus éxitos como crítico de la V Exposición Internacional de Bellas Artes. En las columnas de *La Veu de Catalunya*, nos ha dicho su comentario luminoso y lo ha dicho en una rica y brillante prosa, llena de armonías y delicadezas (Caravana oriental con instrumentos de precisión, como le llamó Farfello). Y más reciente todavía la delicia del prólogo que puso al libro de Ors (otro brillante anotador del gesto).

Actualmente Raimundo Casellas trabaja en dos obras de crítica artística: *Etapas estéticas* (comprenderá quince

años de la labor crítica de Casellas y serán estudiadas las figuras de Puvis de Chavannes, Rodin, Whistler, Monet, Carrière, etc., que han llenado este período, y *Els últims barrochs de Barcelona* (de la cual se publicaron algunos capítulos en la Revista *Empori*).

Y como dije al principio que la actividad espiritual es ley de vida en Raimundo Casellas, debo añadir ahora que nuestro diligentísimo escritor emplea sus ocios en escribir dos novelas: *Modernitat y antigalla* y *El Rey del Madapolam*, que, á no dudarlo, serán dignas de las que su autor tiene publicadas.

¿Qué más?

Nada más. Rosas deshojadas, jaculatoria de elogio, una juventud vigorosa. *Neucentisme*.

José M.^a López Picó

Los migueletes en el convento

—¡Avisad á la Madre Superiora!... la Madre Superiora... corred... he de ver á la Madre Superiora, — gritaba sin alientos, jadeante, fatigada, la demandadera del convento, atravesando con la presteza del rayo por delante de las hospederías.

—Corred... corred. Avisad á la Madre Superiora Corred... corred—repetía la demandadera, como perseguida por el terror, mientras se internaba en el gran cenobio, quieto y solemne en aquella hora tranquila de la tarde, traspasando á grandes zancadas los caminos del huerto, dejando atrás las tapias del claustro menor, escurriéndose por las veredas del fruteral, metiéndose en la galería del gran claustro, sin parar nunca de correr hasta llegar á la portería y penetrar en el vestíbulo y abrir la mampara del locutorio.

Los colores, la hortelana, la portera, los niños del sacristán, asustados por aquella correría del diablo, acompañada de tantos gritos y de tanto ruido, habían ido saliendo al paso á la demandadera, preguntándole con ansiedad:

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

—Nada, nada. No me lo preguntéis. Avisad á la Madre Superiora.

Alarmado por la gritería de aquella mujer alborotada, todo el convento se había puesto en conmoción, como si despertase por un instante del sueño majestuoso que dormía hacia tantos siglos en medio de la inmensa paz de la naturaleza solitaria.

Por los orificios de las celosías y por los resquicios de los ventanales parecía que parpadeasen brillantes de cien miradas, ansiosas todas de adivinar la imprevista causa de aquel vocerío que resonaba por patios y corredores, como el presentimiento de una desgracia. ¿Era que la guerra civil, que por todas partes arrasaba la comarca, llamaba con sus sangrientas manos á las puertas del monasterio?

Cuando la demandadera se encontró frente á la Superiora, á duras penas pudo pronunciar una palabra por la emoción que sentía.

—¡Tristes de nosotras! — exclamaba sollozando. — ¡Ay Madre, cuan desgraciadas somos!...

—Pero, ¡por Jesús Redentor! — decía la Madre. — Di en seguida, ¿qué es lo que pasa?

—¿Qué pasa? Que tenemos migueletes en el convento...

—¿Qué tenemos migueletes!

—No los tenemos todavía, pero los tendremos pronto. No pueden tardar en llegar.

—Pero... ¿quién te lo contó? ¿Cómo lo sabes? Quizá vayan á Vilavella y pasarán de largo por el monasterio.

—¡Ay, Madre y Señora! ¡Sí, que vendrán! Si se propusieran ir directamente á

Vilavella, hubieran seguido el atajo del Almezo, y cuando yo les he visto ya estaban á este lado de la cuesta...

Las explicaciones de la demandadera desanimaron á la Comunidad, que, alarmada por las noticias, había acudido al locutorio sin miramientos á romper los lazos de la disciplina que, en aquella hora de ansiedad suprema, se habían ido aflojando inesperadamente. Como una bandada de palomas atemorizadas, todas aquellas mujeres de blancos hábitos habían corrido á rodear á la Madre Superiora, que dirigía la vista á lo alto, como si pidiese inspiración al cielo.

La hora tan temida desde el principio de la guerra... había llegado. Ya no cabía ni el consuelo de la duda. El miedo, con sus manos glaciales, se había agarrado al corazón de las religiosas, y unas se miraban con las otras, estremecidas. El temor se mostraba en la palidez de los semblantes, en el temblor de los cuerpos, en el azoramiento de los ojos. Sólo una novicia, de menos apocada apariencia que las otras, avanzó algunos pasos ante la Superiora y, con una resolución de que le parecía mentira sentirse capaz, insinuó:

—Madre nuestra, Madre nuestra... ¿y si tocásemos á rebato?

La Superiora cerró los párpados, como si se detuviese á reflexionar la conveniencia de aquella proposición atrevida, que en toda otra ocasión menos congojosa hubiera hecho el efecto de un pecado contra la humildad y la obediencia. Pero en aquellos momentos de angustia, bien lejos de pensar en reglas ni jerarquías, la Madre Superiora, que llevaba en las venas sangre de aquel general invicto que había hecho temblar el enemigo en la guerra con Francia, calculaba rápidamente la posibilidad de una resistencia desesperada, reuniendo los colonos, los hortelanos... y súbitamente preguntó, encarándose con la demandadera:

—¿Son muchos los migueletes?

—¡Ay, madre! ¡Una infinidad!

—Entonces, ya que no podemos intentar nosotras mismas una defensa... hay que encomendarla al Cielo. — Y dirigiéndose á las religiosas, dijo con solemnidad: — Hijas mías, hermanas mías, Dios Todopoderoso ha querido poner á prueba nuestra fortaleza. A El, que es fuente de toda gracia y fuente de toda virtud, hemos de acudir fervorosas, para que nos ilumine y nos aliente.

Y, mientras la comunidad se dirigía á la capilla para ponerse en oración, la Superiora dictaba las últimas providencias, en previsión del asalto. La resolución tomada instantáneamente por las religiosas no podía ser más breve, más sencilla, más heroica. Mientras las monjas estarían en la capilla, la demandadera se pondría en acecho para avisar cuando se acercase la gente armada. Entonces saldrían todas y se esconderían en el ángulo de la galería superior del claustro, cercano al campanario de la iglesia. Aquel sitio, alto como es y con sus tres arcadas cubiertas de celosías, es el mejor para atisbarlo todo, sin ser visto de nadie. Y tan pronto como llegase el peligro, de allí podían escurrirse hacia el portón del campanario y emprender al punto la subida. Y cuando la gente armada llegase á la galería superior, ellas ya habrían tenido tiempo de encerrarse dentro.

Porque dispuestas como estaban á pasar por todo, hasta por el martirio, primero se arrojarían desde la altura del campanario, que permitir que una mano impura profanase los hábitos sin mancilla.

—¡Señor, dadnos valor! ¡Señor, dadnos fortaleza! ¡Señor, asistidnos! ¡Señor, amparadnos! — iban salmodiando, postradas ante el altar, las blancas vírgenes, afanosas de serenar con la plegaria las turbaciones del corazón atribulado. Pero podía más el

terror que los propósitos de firmeza, y sobre la serenidad de la oración no tardó á alzarse, en el pensamiento de las pobres monjas, aquel fantasma de sangre y de profanación que les aterrorizaba el espíritu.

Cada una recordaba los casos que había oído contar de conventos asaltados por desenfundadas turbas, de las escenas de sacrilegios y forzamientos que durante las últimas guerras habían acaecido en las clausuras, dejando perdurable rastro de vergüenza y de dolor. Por la despavorida imaginación de las santas mujeres desfilaban las más terribles imágenes de violaciones sangrientas, de contactos impúdicos, de forzadas desnudeces virginales que estremecían sólo de pensar. Todas las leyendas de claustros profanados, de castas vírgenes violadas, revestían el color más siniestro, la forma más espantable en aquel delirio del pensamiento, agitado por el pavor.

—¡Ya están aquí! — avisó la demandadera. — ¡Ya están aquí!

Pálidas como la cera y con un temblor de piernas que las hacía vacilar, las monjas se escurrieron, rezando, hacia el escondrijo de las celosías. Al cabo de un momento ya vieron cómo por el lado de la hospedería se levantaba una nube de polvo que iba viniendo, viniendo, coronada por el brillo de las bayonetas. Las gentes de armas atravesaron por delante de las hospederías, siguieron las veredas del huerto... y á cada paso que avanzaban, el corazón de las religiosas latía más fuerte y más seguido. Unas murmuraban: — ¡Señor, asistidme! — y otras se enjugaban el sudor frío que les cubría la frente.

A paso de carga atravesaron los migueletes el claustro menor y, cuando estuvieron en el grande, se dispersaron en todas direcciones, después de dejar las armas apoyadas en los basamentos de las columnas.

Los viejos se resguardaban bajo las galerías y extendían las mantas en el suelo para echarse á dormir, ó bien sacaban yesca y pedernal para encender las pipas. Los jóvenes corrían de aquí allá, por en medio del patio, quien sacando agua de la cisterna, quien pegando fuego á la leña para guisar algo que habían traído de la villa.

A pesar de los fatídicos presentimientos de las monjas, parecía que todo iba á transcurrir en santa paz y tranquilidad, cuando de repente resonó un formidable tumulto, un vocerío que dejó á las monjas con la sangre helada en las venas. Eran migueletes que, saliendo de un ángulo de la galería y empujándose y riñendo amontonados, corrían detrás de un objeto que rodaba delante de ellos.

—¡Deja estar la pelota ó te rompo el alma!

—¡Me toca á mí! ¡Rayo de Dios!

—¡Soy yo, quien sale...!

—¡Yo soy!

—¡Yo, yo! — gritaban los mozos sin ahorrar votos ni reniegos, empeñados en una disputa que no llevaba trazas de acabar, si uno de los mozos, más listo y más resuelto que los demás, no se hubiese apoderado de la pelota, dispuesto á salir á todo trance. Y mientras él se preparaba á tirar, haciéndola botar contra el suelo, los otros se arremangaban los brazos y las piernas, para que no les estorbase la ropa y quedasen en libertad para moverse. Y después... ¡jugar y más jugar... ¡Qué bravo y fuerte espectáculo ofrecían aquellos muchachos altos, fornidos, robustos y enseñando, como atletas, una carne tostada y fuerte, hecha de músculos de acero templado al aire y al sol de las montañas!

—¡Ahó!

—¡Venga!

—¡Va!

—¡Tú sales!

La alegría bulliciosa, el desbocado empuje de aquellos mozos robustos en plena

savia de vida, no podía menos de seducir la vista de las religiosas. Con silenciosa atención todas contemplaban las actitudes que, arrastrada por el bullicio del juego, tomaba aquella juventud fuerte, sana y desenvuelta. La agilidad con que se abatían los jugadores doblando el cuerpo para recoger la pelota que, pesada y casi á ras de tierra, parecía que no podía volverse á levantar; la ligereza con que corrían á recogerla cuando, rebotando de la pared, se alejaba describiendo graciosa curva; la fuerza brutal con que una manotada la volvía á arrojar contra el muro con un ruido mate... todos aquellos prodigios de destreza, de animación, de valor y de movimiento impetuoso, tenían como extasiadas á las pobres monjas, que jamás habían soñado un espectáculo tan airoso de la juventud haciendo gala de sus vigorosos ímpetus.

— ¡Va!
— ¡Venga!
— ¡Tanto!
— ¡Falta!

El terror de antes casi se había desvanecido en el corazón de las religiosas y en su lugar parecía nacer un sentimiento extraño, misterioso, indefinible, algo como una contrariedad, algo como lo que sentimos cuando vemos fracasar aquellas cosas que, aun siendo terribles, se esperan como inevitables... y no acaban de llegar.

Conteniendo la respiración y asomándose el alma por los ojos, las religiosas seguían encantadas el vaivén del juego, casi estáticas, casi vencidas de admiración... cuando súbitamente relincho un toque de corneta que les heló la sangre...
Teré... tété... té...

**

Como resucitado por el sonido agudo y estridente que rasgaba el aire, volvió á alzarse en la imaginación de las monjas el fantasma de sangre y de profanación, aunque no tan espantable y siniestro como el que las estremeciera una hora antes. En el tiempo transcurrido á presencia de los mozos armados, había ido disminuyendo el terror; mas no dejaba, á pesar de esto, de representarsele la violación sacrilega de la clausura, el santo convento asaltado, la pureza de los hábitos envilecida, la blancura de las celdas profanada.

Teré-té-té-té, repercutía la corneta, y las monjas, asustadas, viéndose en el desenlace de la sangrienta tragedia, se miraban unas á otras, diciéndose con resignación:

— ¡Ahora llegó el instante!... ¡No hay remedio! ¡No hay remedio!

Pero no... tampoco... Era infundada la alarma de las religiosas. El toque de corneta daba orden de marcha, porque, al anoecer, aquella gente de armas debía reunirse con los voluntarios de Vilavella. Todos los migueletes pusieron en movimiento: los que dormían sobre las mantas se levantaban desperzándose, los que jugaban á pelota cesaron al instante, sin acabar la partida; unos y otros corrían en busca de las armas que habían dejado arrojadas al pie de las columnas. Los unos se colgaban el zurrón á la espalda, á modo de mochila; los otros se ligaban las alpargatas, los de aquí se cargaban el fusil al hombro; los de allá estrechaban la canana en la cintura.

Movidas por la curiosidad, las monjas se agrupaban detrás de su escondrijo, ansiosas de mirar por las rendijas y adivinar la causa de aquel movimiento que no sabían comprender. Pero fué tanta la fuerza con que se apoyaron contra las celosías, que, cediendo el enrejado de madera al interior empuje, se abrieron los postigos de par en par, dejando á las religiosas al descubierto. Al ruido del crujimiento que hicieron los maderos, los migueletes alzaron la cabeza, admirados por aquella aparición de mujeres blancas.

— ¡Estamos perdidas! — dijeron entre sí las monjas — ¡Nosotras mismas nos hemos vendido!

Ante aquella situación extraña, los hombres, sorprendidos súbitamente, comenzaron á reír, al ver que el azar había descubierto inesperadamente el escondrijo de las monjas. Ellas, en el primer instante, probaron de huir hacia el campanario; pero después, creyendo vana toda tentativa de escapatoria, se esforzaban por sonreír, y hasta la Superiora, sacando fuerzas de la misma debilidad, movió la cabeza como saludando ligeramente. Muchos hombres hicieron lo mismo llevando la mano á las barretinas y un oficial, descubriéndose airosamente, dijo:

— Buenas tardes.

Pero, en esto, otro toque de corneta hizo formar á los migueletes. Afilerados y con el arma al hombro, comenzaron á desfilar, con algo de sentimiento de abandonar el cenobio.

De vez en cuando, volvían la vista hacia las monjas, y ellas, silenciosas é inmóviles, miraban cómo iban saliendo del gran claustro.

Pero pronto se les volvió á ver por entre los árboles frutales, después por el claustro menor, después, ya medio confusos, por las veredas del huerto. Cuando estuvieron más lejos, nada más se vislumbraba que el brillo de las bayonetas resplandeciendo heridas por los rayos del sol poniente. Después, ya no quedaba de la partida ni rastro, ni sombra, ni señal. Pero todavía en la galería superior del claustro había muchas religiosas con la vista fija en dirección á Vilavella.

Al fin... también las monjas se fueron retirando, preocupadas y conmovidas, hacia el interior de la clausura. En aquella hora somnolienta del crepúsculo, con los hábitos blancos y la actitud desmayada, parecían ánimas en pena vagando por la soledad. Con los mantos caídos como alas heridas, unas pasaban á lo largo de los corredores, como desvanecidas y la mirada incierta, y otras, palpando en la sombra, se iban metiendo en las celdas, tristes, mustias, doloridas.

Y en el refugio de la oración volvieron á encontrar las santas mujeres la serenidad de espíritu, turbada un instante por la invasión de las humanas turbas en el recinto sagrado.

Envío

Al sutil autor de esta admirable prosa galana. Ofrenda.

Porque un día le vi sonreír, y su sonrisa fué tan reveladora y tan significativa, porque su sonrisa era de abate, que sabe perdonar las faltas y besar los labios de las damas...

Porque un día, en el salón de espera de un teatro su palabra me cantó opulencias de Rubens, y en seguida, como arrepentida, se hizo sutil en matizados refinamientos.

Porque después, todas las noches el diálogo se nos hizo costumbre, y todas las noches la costumbre se hizo maestra mía.

Por las palabras de ironismo que decían los labios, mientras los ojos se escondaban detrás de los gemelos, en un teatro.

Por la coincidencia de nuestras juventudes: maestra la suya, discípula la mía.

Por todo el amor que tiene á lo opulento...

Yo hago ofrenda de esta torpe traducción al sutil autor de la prosa galana.

RAFAEL MARQUINA

Una visita á Tarragona

Encima de una helénica colina, con el mar siempre azul á sus pies, besándola amorosamente, dominando desde su altura todo un campo extenso, llano, rebosante de clásica vegetación, ya que sus árboles y arbustos son de correctas proporciones, bellos de líneas y armónicos de colores; limitada á su vez esta llanura por una cadena de montañas que, con las líneas quebradizas de sus cuestas, recortan el inmaculado azul de aquel cielo tan hermoso, tan terso, de maravillosa transparencia, se levanta alegre y gozosa de verse tan bellamente acompañada, cual una Atenas latina, la antiquísima y en ya muy pasado tiempo floreciente, populosa y señorial ciudad de Tarragona.

Tesoros de la naturaleza, tesoros de las diferentes civilizaciones que al través de muchos siglos han dejado huella marcada de su fecundo paso con monumentos ya consagrados como hermosos y venerables por la amorosa y destructora, á la vez, acción del tiempo, se encuentran esparcidos en muchos puntos de la ciudad, que toda ella, para el que la visita, viene á ser como un inmenso museo viviente, si así podemos llamarle; como un museo en el que cada objeto está en el mismo sitio en que estaba cuando tenía existencia completa, cuando era algo vivo, cuando servía para alguna cosa y hablaba á las generaciones que diariamente le contemplaban aquel lenguaje misterioso que tenemos con los objetos inanimados ligados á nosotros por una continuidad de vida. ¡Oh gran encanto de las ciudades muertas, evocadoras de pasadas vidas!

Siu duda la potente civilización romana es la que cuenta en Tarragona, si no con grandes y únicas obras de arte, con multitud de monumentos y objetos que aun hoy, á través de tantos siglos, de tantas guerras y devastaciones como han sido testigos, conservan aquel sello especial de robustez, de insólita grandeza y de rigidez de líneas, de eternidad, puede decirse, que en todas sus variadas obras, así en sus grandes construcciones civiles como en sus cuerpos legales y en su sabia y ordenada administración imprimió con fuerza indeleble nuestro antecesor espiritual, el pueblo romano. Las murallas que en muy pequeña parte hoy rodean la Tarragona, asentadas sobre los macizos y gigantes restos de construcciones célticas (mal llamadas ciclópeas); el palacio de los Pretores, llamado vulgarmente de Pilatos, y casi del todo desfigurado; y algunos restos del Foro y del Circo, que como viejos tesoros van descubriéndose muy paulatinamente, ya que en ello no se pone mucho interés, é infinidad de pedazos de columnas, rotos capiteles, bustos marmóreos de emperadores y personajes, hoy fríos é indiferentes, en otro tiempo llenos de vida y vibrantes de actualidad, monedas, fragmentos de mosaicos policromados y muchísimos otros objetos que, ordenados y catalogados convenientemente, yacen esparcidos con la rígida serenidad de las cosas muertas, en el Museo provincial, son lo que aun resta de aquella época; parecen los re-

cuerdos hechos realidad palpable de toda una generación de hombres sanos, equilibrados y artistas.

Vayamos siguiendo el orden de los tiempos y casi también el orden de visitar la ciudad y entremos en la grande y hermosa epopeya de piedra de la Edad media, la Catedral.

Así como son y, sobre todo, han sido muy variados y en gran número los monumentos romanos de Tarragona, en cambio, de toda la civilización medioeval de tan largo período histórico como la misma dominó, sólo queda para la contemplación estética de los hombres la Catedral. Pero aunque no haya otro modelo de monumentos medioevales, ya hay lo bastante con ella, para absorber la curiosidad y concentrar la alta atención espiritual del contemplador, pues que viene á ser la maravillosa condensación artística de toda la época aquella, el medio que encontró más adecuado para expresar la gran crisis moral, á veces enfermiza, casi siempre sublime, que durante la Edad media exaltó y conmovió fuertemente el espíritu humano. Esta época, poseída de profundo y permanente influjo de la vida religiosa, deseaba sentir esta vida, no sólo de una manera interior, como sin duda la sintieron más tarde los puritanos ingleses, por ejemplo, sino que también tendió á exteriorizarla, á comunicarla con el fuego vivo de su entusiasmo á los fríos bloques de piedra con que labraba sus templos; así se comprende que éstos llegasen á tener tal ascendencia, á primar tanto sobre el sentimiento estético y espiritualista de aquellos pueblos, que bien puede decirse que una catedral gótica viene á ser como una verdadera cristalización de todas las artes, de todas las aspiraciones y pensamientos de los hombres que en aquellas épocas vivían.

En la parte más alta de la ciudad, como los templos griegos, se levanta también la Catedral de Tarragona. Ya las callejuelas estrechas que la rodean, llenas de luz reposada, solitarias y tranquilas, impregnadas de monacal poesía, infunden en el alma una serena quietud que la hace más apta para contemplar el augusto templo que de lejos se presiente. Entrando en éste por el lado del Norte, se penetra en seguida en el claustro, de puro estilo románico, saturado de mística tristeza, y todo él, hermoso por la sencillez de líneas y severidad de la ornamentación. Paseando por él, no sólo á la caída de la tarde ó al anochecer, sino en cualquier hora del día, pues en todas ellas reina soberano el silencio y el recogimiento, involuntariamente se absorbe uno en profundo y reposado éxtasis, como si quisiera evocar la imagen imprecisa de una vida ya pasada para siempre, pero de la que aún quedan recuerdos vivos en los vagos momentos crepusculares de nuestro espíritu.

El interior de la Catedral, artísticamente considerado, no es ni con mucho de lo mejor de la misma. Es grandioso, sí, armónico, severo, pero no tiene la elegancia y soñadora idealidad de muchas otras catedrales, por otra parte, menos importantes, la de Barcelona, por ejemplo. Además, ha sido objeto de una bárbara mutilación, porque sólo así ha de llamarse, al ser otra vez pulidas sus piedras, que se encuentran ahora desnudas y despojadas de aquella capa de color negruzco, formada, puede decirse,

por los suspiros y oraciones de los fieles, verdadera consagración de los siglos.

La gran fachada principal, si que es una bella muestra del arte gótico, con su enorme, pero proporcionada y elegante puerta, sus estatuas de Apóstoles llenas de tal unción espiritual, que parecen soñar perennemente en las bienaventuranzas de la gloria, sus rosetones, columnitas y dinteles festoneados y esbeltos, que se sobreponen los unos á los otros, entonando el conjunto de ella como un magnífico, espléndido himno de redención del alma.

Después de admirar las obras del hombre, admiremos las obras de la Naturaleza.

Documentos de opinión

La Reforma del Reglamento de Sindicatos agrícolas

La Federación agrícola Catalana-Balear al Presidente del Consejo de Ministros

Ante la esperanza de que el Reglamento provisional para la aplicación de la Ley sobre Sindicatos agrícolas será prontamente reformado, la Federación Agrícola Catalana-Balear, en nombre y representación de más de cien asociaciones de Cataluña y Baleares, tiene el honor de dirigirse á V. E., á fin de puntualizar las reformas principales que á su entender deben introducirse en el Reglamento definitivo que se publique.

Basando las observaciones que vamos á formular en el propio Reglamento provisional, se presenta en su artículo 1.º una omisión que creemos de suma importancia subsanar. Tal es la de excluir de los Sindicatos agrícolas á los obreros dedicados á las faenas del campo, que son, inútil es consignarlo, elementos esenciales de la producción agrícola, y, por lo tanto, es de razón que puedan entrar á formar parte de tales Sindicatos, no sólo por el fin de mejorar la producción agrícola que tienen tales asociaciones, sino también por la misión social que realizan. Es verdad que no quedan excluidos los obreros, sino tan sólo por lo que se refiere á las exenciones de los impuestos de Timbre, Utilidades y Derechos reales, pero esto debe reputarse injusto y perjudicial, injusto, porque con todo y tratarse de un simple jornalero, podrá, en determinados casos, hacer efectiva en su favor alguna de aquellas exenciones; y debe reputarse al mismo tiempo perjudicial, porque no hay duda que excluir en tal forma á los obreros ó jornaleros, sería dificultar y aun imposibilitar en la práctica la constitución y funcionamiento de Sindicatos, formados indistintamente por las diversas clases y jerarquías de agricultores.

Elo equivale, por tanto, á fomentar ó promover asociaciones formadas por obreros únicamente enfrente de las otras, lo cual, aparte de constituir una privación injusta á los desheredados de la fortuna de los beneficios que puede reportar el Sindicato, ajustado á la Ley de 28 de enero de 1906, llevaría á disensiones y antagonismos que importa evitar.

leza, que bien valen la pena, las que se encuentran en esta ciudad. Dos espectáculos incomparables y completamente distintos se ofrecen á nuestra vista: de un lado todo el llamado campo de Tarragona, inmenso anfiteatro natural, de aspecto intensamente virgiliano, y de otro, el mar latino, el *mare nostrum*, más sereno, más riente que ningún otro.

Ambos espectáculos, por su amplitud de líneas y de horizonte, por su grandiosidad, cautivan en seguida y casi impiden dar ni siquiera una idea de su fuerte y sana belleza, pudiendo tan sólo decir á los que aun no los conozcan:

¡Contempladlos!

JOSÉ MARTÍ y SÁBATER

Basta, pues, para subsanar la omisión de que se trata, añadir la palabra «obrero» ó «jornaleros del campo» á la condición 1.ª del artículo 1.º en cuestión.

El artículo 2.º, tal como viene redactado, presenta una serie de euforpeamientos para la constitución de un Sindicato, si se quiere la intervención del Notario, que no consideramos necesaria, no debe prescribirse que testifique en relación suficiente «las cédulas personales y los recibos de contribución que los interesados hayan satisfecho en el trimestre inmediato anterior á los contratos de arrendamiento en su caso».

Esto imposibilitará á verdaderos agricultores de entrar en un Sindicato. El que tenga la cédula personal con el nombre alterado, ó que no conste en ella la circunstancia de ser agricultor, el que tenga sus fincas amillaradas á nombre de sus ascendientes, el arrendatario, parcerero ó colono que no haya celebrado contrato escrito, todos estos, que son en grandísimo número, no podrán formar parte de un Sindicato. Y no obstante, serán agricultores de verdad, y no podrá decirse de ellos que hayan faltado á ninguna Ley del Estado; se encontrarán en alguno ó algunos de los expresados casos por descuido y negligencia, por evitarse molestias y á veces gastos, ó por seguir tradiciones locales que nada tienen de censurables.

Además, de que exigiéndose los recibos de contribución ó los contratos de arrendamiento, quedan excluidos por segunda vez los obreros, quedan igualmente fuera de la Ley otra parte de agricultores que precisamente son de los que pueden fomentar mejor la prosperidad de un Sindicato; nos referimos á los hijos de los socios del Sindicato, los que comparten con sus padres la dirección de la hacienda y el trabajo de las tierras y que mañana llevarán el peso de esta dirección y de este trabajo; nos referimos aún con mayor motivo á los hijos de viuda, dueña ó usufructuaria de fincas rurales; ellos, como los obreros, no pagan contribución ni otorgan contrato alguno por escrito, y no obstante es conveniente, es racional excluirlos?

De consiguiente, lo más que conviene se establezca, es que se acredite ante el Notario y que éste testifique, según su propio conocimiento, la cualidad de agricultor.